

á casa de Mr. Pavelyn á felicitar á la señorita, porque va á hacer un matrimonio brillante, y parece que están todos muy contentos!

Aun hablaba Petronila cuando yo bajaba desatentado la escalera para no oirla.

Maese Juan fumaba su pipa tranquilamente sentado á la puerta: volvióse al ruido de mis pasos y me dijo en tanto que se separaba para dejarme paso.

—Parece que ya sabeis la novedad: ¡la señorita se casa!

Le empujé con violencia y me lancé á la calle con una precipitacion furiosa: lós transeuntes y hasta las casas, todo gritaba á mi oido.

—¡Ya lo sabeis? ¡Rosa se casa!

Cuando llegué á la puerta de la ciudad y ví ante mis ojos la extensa campiña, y el caminito sombreado de grandes árboles que llevaba á mi aldea, me pareció que la ciudad habia reunido en una sola todas sus voces para gritar aun detrás de mí:

—¡No sabeis lo que sucede? ¡Rosa se casa!

XXIV

IGNORO cómo me hallé en Bodeghem: mis padres creyeron, como Mr. Pavelyn, que habia ido á mi pueblo natal para restablecerme de mi enfermedad, y descansar de las fatigas del concurso de la Academia: mi debilidad evidente y mi extrema demaeracion daban á esta suposicion una apariencia de verdad: si yo hubiera aparecido en la casa paterna, en el estado de demencia en que habia salido de la ciudad, cada uno, y sobre todo mi madre, hubiera adivinado que me sucedia alguna cosa extraordinaria, y que un dolor mortal destrozaba mi corazon: pero desde mi huida de Amberes, habia tenido tiempo de tranquilizarme poco á poco; el aire fresco, la calma de los campos, la fatiga de un largo viaje á pié, habian domado mis pasiones y dejado penetrar en mi espíritu la luz de la razon.

Dos horas antes de llegar á mi aldea habré vuelto á hallar la plena conciencia de mi deber: habia resuelto de nuevo encerrar en mi corazon el secreto de mi dolor, y guardarle hasta la tumba: ahora que Rosa iba á casarse, la menor confidencia de mi amor, el mas ligero signo que pudiera vender sus sentimientos ó los míos, hubiera sido una cobardia ó una mala accion: ya no podia decir nada, ni aun á mi madre: de otro modo, mi padre llegaria á sa-

ber alguna cosa, y con su honradez inflexible, me abrumaria de reconvenciones, de las que mis hermanos podian adivinar la causa.

No habia pues dejado comprender á nadie el motivo de mi vuelta inesperada á casa de mis padres, y como aun estaba flaco y pálido, no tuve gran trabajo en hacer creer á todos, que mi melancolía era consecuencia de mi debilidad física.

Mi madre me habia hablado del peligro que ella me habia mostrado cuando vino á verme á Amberes: pero yo la habia tranquilizado diciéndole que nos habiamos engañado los dos, con respecto á las disposiciones de Rosa acerca de mí, y que despues la habia encontrado la misma que otras veces.

Desde aquel momento, no volvió á preguntarme nada más, y me dejó en libertad completa: me rodeó de los mas tiernos cuidados, me preparó tisanas que segun ella, debian fortificarme, y me obligó á un régimen de alimentacion nutritivo y sano: no le parecia extraño el que permaneciese el dia entero fuera de casa, y que por la noche me fuera á recojer antes que nadie, para estar solo, y no verme obligado á hablar: y cuando algunas veces mi padre me reconvenia por mi singular conducta, ella me defendia, diciendo que el aire libre, el ejercicio y el reposo, podian solo devolverme la paz y la salud.

Trabajo me costaria el referiros la vida singular que yo llevaba en Bodeghem: erraba sin cesar en el castillo deshabitado, en los bosques y en los lugares solitarios, con el espíritu cubierto de una nube tan espesa, que me tenia separado del resto de los vivientes: en vano llamaba en mi socorro á toda mi razon y á toda mi voluntad para disipar las tinieblas de mi espíritu: era inútil: yo no veia mas que á Rosa y á su mirada lastimera, no sentia mas que la tristeza que devoraba mi corazon, no oia mas que estas palabras espantosas:—¡Rosa se casa!

La violencia de la pasion y la amargura de la desesperacion se habian ya desvanecido en mí: no odiaba, no acusaba á nadie en el mundo, ni aun á mi cruel destino, ni aun al futuro esposo de Rosa: y la imagen de mi rival, cuando venia á colocarse ante mis ojos, no me arrancaba ningun movimiento de cólera: una tristeza inmensa, una resignacion pensativa, una especie de exaltacion enfermiza en mi dolor, habian reemplazado á mi tempestad interior: habia llegado á convencerme de que no habia nacido para hallar la dicha en el mundo real, y reunia uno por uno todos los recuerdos de mi vida pasada para hacerme con ellos un mundo imaginario donde mi alma hallase la fuente de paz y de resignacion que podia aun abrirse para ella.

Paseándome un dia en el jardin del castillo, me detuve en el puente del estanque y contemplé el agua temblando, al hallar con los ojos de mi fantasía la imagen de Rosa dentro de ella: volviendo despues á ideas menos tristes, contemplé durante largo rato el anchuroso parque: veia en el fondo de mi alma una niña delicada y bonita como un ángel, y al lado de esta encantadora criatura, un pobre muchacho que no sabia hablar; pero del cual los ojos á cada palabra y á cada sonrisa de la niña, brillaban de admiracion, de gratitud y de orgullo: parecíame que seguia á aquellos dichosos niños, y temblaba con una tierna emocion cuando apercibia sobre el rostro de la niña una afectuosa sonrisa, dirigida á su pequeño amigo: asistia á sus juegos cuando sembraban flores á la orilla del sendero, corria con ellos detrás de las mariposas, escuchaba sus palabras, contaba los latidos de sus corazones y reconocia con una cruel satisfaccion que ya un poder fatal dominaba á aquellas inocentes criaturas, y habia depositado en su corazon el germen de un amor infinito: interrogaba á los árboles, las flores, los pájaros, para hacer revivir ante mí el recuerdo de la dicha perdida, hasta que

el crepúsculo de la tarde y la fatiga de mi cerebro venia á advertirme que ya era tiempo de volver á casa.

Otras veces vagaba en los bosques y buscaba los árboles á los cuales habia yo en otro tiempo contado mis tristezas y confiado mis esperanzas: reconocia todos los lugares en que me habia sentado, y creia ver aun brillar entre la yerba las lágrimas que habia vertido ocho años antes: en aquel tiempo lloraba de placer: ¡el sol de la esperanza inundaba con su luz mi corazón! ahora ya no tenia esperanza! mi vida estaba cercada por el muro sombrío del imposible! por esto ya no tenia lágrimas: las lágrimas son una queja ó un ruego para pedir socorro ó piedad: ¿para qué habia de quejarme, ó habia de implorar compasion, yo, á quien ningun poder terrestre podia dar lo que mi corazón deseaba? yo, de quien las penas, por su naturaleza misma debian ser eternas?

Otras veces me sentaba en la pradera donde el niño mudo habia trabajado durante semanas enteras y largos meses en sus figuras de madera: en aquellos tesoros queridos con los cuales ansiaba comprar una sonrisa: veia el sitio donde la pobre criatura se habia dejado caer en el suelo con las convulsiones de la desesperacion, porque su lengua le negaba todo sonido inteligible: veia el árbol cuya corteza tenia aun los signos misteriosos por los cuales el hijo de la aldea habia querido expresar lo que él mismo no comprendia: las vacas que pacian en la pradera: los cantos de los pastores, los vapores argentinos del agua, el esplendor del sol poniente, todo me traia los recuerdos del pasado y mi bella juventud, haciéndome olvidar el sombrío dolor; y mostrando á mi imaginacion la imagen de la dicha que habia pasado y que ya no volveria para mí.

Largo tiempo hacia que me hallaba en Bodeghem: aquellos sueños, que nada interrumpia, aquella soledad completa, aquella vida en medio de los recuerdos que mecian

mi alma, me eran tan dulces, que no habia pensado ni una sola vez en la necesidad de crearme una existencia independiente por medio de mi arte: algunas observaciones mesuradas, pero severas, de mi padre, me llamaron, en fin, á la conciencia de mi situacion.

Una mañana que iba á salir para empezar mi cotidiano paseo, me llamó mi padre á su taller: solos allí los dos, me declaró que mi conducta le parecia muy censurable y tanto mas incomprensible, cuanto que no decia jamás una palabra acerca de mi porvenir: me dijo que siendo ya un hombre, debia tener bastante orgullo para desear no vivir siempre á expensas de Mr. Pavelyn: no estaba aun, al parecer, bastante restablecido de mi pasada enfermedad y él comprendia que tuviese necesidad de reposo; pero esto no podia impedirme el pensar en mi porvenir.

Reconocí lo razonable de sus advertencias, y le ofrecí seguir su consejo: y en efecto, así que me hallé solo en el campo, me puse á reflexionar en lo que debia hacer. No queria volver á Amberes: ya no sentia el deseo de acercarme á Rosa: iba á casarse y me olvidaria: deseaba sinceramente que fuese dichosa sobre la tierra, pero no volveria á verla jamás: estaba bien convencido de que mi amor para ella solo conmigo podia morir; pero si no me era dado vivir en su presencia, llevaria su memoria y su imagen en mi corazón hasta que la tumba se cerrase sobre mi secreto y mi martirio.

No pensaba, pues, volver á Amberes, y no podia hacer otra cosa que ir á Bruselas, para buscar trabajo en casa de algun escultor.

¿Pero qué pensaria Mr. Pavelyn de esta decision? hacérsela conocer sería imprudente y ridículo, porque tenia la seguridad de que mi digno protector no me permitiria ir á trabajar como un jornalero á casa de otro artista, ni buscar la fortuna en una ciudad lejana donde él no podria to-

mar parte en mis éxitos, y alentarme con sus consejos y aprobacion.

Reflexionando así cómo podria llevar á cabo mi proyecto sin herir profundamente á mi protector, me habia alejado mucho á través de los campos: habíame apoyado en el pretil de un puente, y miraba el curso lento y cristalino del agua: pero todas las facultades de mi espíritu se hallaban lejos de allí y concentradas en la cuestion que semejante á un enigma insoluble, se presentaba desde hacia una hora en mi cerebro.

En aquel instante oí pronunciar mi nombre detrás de mí, y me volví: era mi hermano mas pequeño que corria hácia mí.

—¡Hermano mio! exclamó: vé en seguida al castillo que ha llegado Mr. Pavelyn!

—¿Mr. Pavelyn? repetí con voz temblorosa, y la señora y la señorita..... han llegado tambien.....?

—No, hermano, ha llegado solo, yo le he visto bajar del coche y él mismo me ha encargado que te buscara: madre me ha dicho que viniera á ver si te hallaba: por fortuna, el herrero me ha indicado el camino que habias tomado.

La certidumbre de que Rosa no acompañaba á su padre, habia disipado mi espanto, en tanto que volvia al pueblo con mi hermanito, que saltaba asido á mi mano, respondiendo con monosílabos á su inocente charla, me preguntaba, no sin cierta especie de temor, por qué Mr. Pavelyn habia venido á Bodeghem y deseaba hablarme: pero me tranquilicé al pensar que mi protector tenia la costumbre de pasar, al menos medio dia, en cada semana, en su castillo, y que debia asombrarme mas bien de que hubiera dejado pasar tres semanas sin venir: por otra parte, ¿cómo habiendo venido podia volver á Amberes sin verme?

A la entrada del castillo hallé un criado que me dijo que

Mr. Pavelyn se estaba paseando en el parque, y que le hallaria al fin de la calle de encinas, pues hácia aquel lado se habia dirigido.

Seguí el camino indicado y atravesé rápidamente la larga avenida: desde bastante lejos apercibí á mi protector: hallábase sentado en un banco rústico al pié de un árbol, con la cabeza inclinada en actitud de profundo abatimiento, y los brazos cruzados sobre el pecho. Temiendo sorprenderle desagradablemente, hice algun ruido para anunciarle mi presencia, y ya me hallaba muy cerca de él, cuando alzó la cabeza y volvió los ojos hácia mí. Una dulce y amable sonrisa se dibujó en sus labios, me tendió la mano y sin levantarse me dijo:

—Mucho deseaba verte, mi buen Leon. ¿Cómo está tu salud? Aun te hallo muy flaco: el aire del campo no ha llegado todavía á restablecerte por completo; pero lo conseguirás.

Conocia yo tan bien la voz de mi protector, habia observado tan atentamente durante toda mi vida sus entonaciones, que ví al instante se hallaba su corazón lleno de una profunda tristeza. Sin duda que mi semblante retrató mi pensamiento, porque no me dejó tiempo de expresarle mi inquietud.

—¿Lees en mi rostro que estoy muy triste, no es verdad? No te equivocas, Leon: soy muy desgraciado: desde algunos dias el porvenir me parece tan sombrío como la noche: sin embargo, aun tengo una esperanza: creo que tú, por quien he velado como el padre mas tierno, tú solo podrás quizá preservar á mi vejez de un mortal dolor, y he creído que no me rehusarás el servicio que vengo á pedirte.

Con lágrimas en los ojos le aseguré que bendeciria á Dios si me permitia probar mi gratitud á mis bienhechores, por cualquier sacrificio, aunque fuera el de mi vida.

—Lo que voy á pedirte es una cosa muy estraña, dijo

Mr. Pavelyn; pero que no exige ningun sacrificio de tu parte: deseo solamente que aceptes la mision que voy á confiarte, y que emplees toda tu elocuencia y hagas todos los esfuerzos posibles para el buen éxito: si esta última tentativa fuese vana como las otras puedo mirar como perdidos para siempre la esperanza y el reposo de mi vida: siéntate aquí á mi lado, y escucha lo que voy á decirte.

Profundamente conmovido por el tono triste y solemne de Mr. Pavelyn, me senté silenciosamente á su lado y él me habló de esta suerte:

—Ya sabes, Leon, que Rosa no ha tenido jamás una salud robusta: su madre y yo, durante su infancia, hemos temido perderla á cada instante: por eso cuando regresó de Marsella, tan linda, tan fresca, tan rosada, dimos gracias á Dios, con lágrimas de alegría. . . .! pero nuestra dicha debia ser muy breve: á los pocos meses volvió á enflaquecer y á ponerse pálida: un pesar secreto, sin causa conocida, minaba sus fuerzas: y nosotros fuimos asaltados de nuevo del cruel temor que habia empozoñado una parte de nuestra vida: yo no me atrevia á decir nada á nadie, pero me perseguia un horrible pensamiento: sí, Leon! yo veia constantemente delante de mis ojos como un fantasma que amenazaba la vida de mi hija única, esa implacable enfermedad que se llama TISIS. . . .!

Un grito de angustia se escapó de mis labios y me sentí palidecer horriblemente; pero Mr. Pavelyn, dando á mi dolor la interpretacion natural prosiguió:

—He ido secretamente á Bruselas y he consultado á un médico célebre que fué en otro tiempo mi compañero de estudios: para juzgar mejor del estado de mi hija ha venido á Amberes, y ha pasado toda una tarde al lado de Rosa, como un antiguo amigo que nos dedicaba algunas horas: cuando se retiraba le conduje á mi gabinete, para saber si mi horrible temor era fundado. . . . y me declaró que Rosa no estaba atacada de la tisis. . . .

Al oir estas palabras, elevé al cielo las manos con un grito de alegría.

—No hay motivo para tu gozo, dijo tristemente Mr. Pavelyn: ¡ojalá que la declaración de mi amigo, se hubiera reducido á esto! Mas no! me hizo comprender, que la enfermedad de mi hija, sin atacar á los pulmones, era muy peligrosa, y que probablemente moriria, despues de languidecer durante largo tiempo, si no me apresuraba á echar mano del solo medio de salvacion que él veia; este medio era casarla.

ESTA entonces habla de dominado en indistincto y por decirlo así, teniendo mi aliento; pero entonces se abrió de mi pecho un lago y doloroso suspiro. —Comprendo, dijo mi protector, que todo esto te aterroriza, querido Leon; pero déjame continuar y verás cuantas razones tengo para creerme doblemente desgraciado: el doctor me habla dicho que el matrimonio colocado á mi hija en otras condiciones y circunstancias de los contrahidos de una casa, le darian la ocupacion y las distracciones necesarias para fortalecer y calmar sus nervios: debía yo pues buscarla un esposo; la tarea era difícil, por la prontitud que exigia desde la infancia de Rosa el sueño de su madre con el mio, habia sido hasta la posicion mas brillante por medio de un ventajoso matrimonio: en fortuna como nuestra única herencia, su educacion distinguida y su belleza, nos habian el derecho de alimientarse esta ambicion para nuestra hija; pero como encontramos en poco tiempo un esposo que realizase nuestros sueños, en parte á lo menos, me habia yo atormentado el espíritu durante muchas semanas y ya empezaba á desesperar; habia yo obtenido un favor, que yo hubiera aceptado con alegría por mi parte: pero la fortuna de sus padres era por lo menos, cuatro veces tan grande como la mia y no

HASTA entonces, habia yo dominado mi inquietud, y por decirlo así, retenido mi aliento; pero entonces salió de mi pecho un largo y doloroso suspiro.

—Comprendo, dijo mi protector, que todo esto te afecte penosamente, querido Leon; pero déjame continuar y verás cuántas razones tengo para creerme doblemente desgraciado: el doctor me habia dicho que el matrimonio, colocando á mi hija en otras condiciones y encargándola de los cuidados de una casa, le darian la ocupacion y las distracciones necesarias para fortificar y calmar sus nervios: debia yo pues buscarla un esposo; la tarea era difícil, por la prontitud que exigia; desde la infancia de Rosa, el sueño de su madre con el mio, habia sido darle la posicion mas brillante por medio de un ventajoso matrimonio: su fortuna como nuestra única heredera, su educacion distinguida, y su belleza, nos daban el derecho de alimentar esta ambicion para nuestra hija: ¿pero cómo encontrar en poco tiempo un esposo que realizase nuestros sueños, en parte á lo menos? me habia yo atormentado el espíritu durante muchas semanas, y ya empezaba á desesperar; habia no obstante un jóven, que yo hubiera aceptado con alegría por mi yerno: pero la fortuna de sus padres era por lo menos, cuatro veces tan grande como la mia, y no

podia pensar en él: sin embargo, me ví en el colmo de mi alegría, cuando el padre de este jóven, por solo una palabra vaga que me oyó, me dijo que la union de nuestros hijos le seria muy agradable, y que daba desde luego su consentimiento, si los jóvenes se convenian; el mismo dia su hijo habia aceptado la proposicion con una alegría extraordinaria; en cuanto á mí, veia colmados todos mis votos, con aquella alianza que debia mezclar mi sangre con la noble sangre de los Somerghem.

Ya viste á Conrado, cuando viniste á anunciarnos tu partida á la aldea; es un jóven elegante, distinguido; alta nobleza, fortuna colosal, educacion brillante, belleza en el rostro, gallardia en la figura; todo, todo lo posee: pues bien, Leon; hemos hablado á Rosa de ese matrimonio; la hemos dicho que es preciso se case para salvarla de una enfermedad de languidez: la hemos suplicado su madre y yo que consienta, diciéndole que nos dará una gran prueba de amor: y ha rehusado!

Calló Mr. Pavelyn esperando una respuesta; en tanto que habia hablado, habia yo permanecido abismado en mil dolorosas reflexiones: la revelacion del estado amenazante de Rosa, me habia causado una sorpresa tan cruel, que por toda respuesta repetí las últimas palabras de mi interlocutor y murmuré débilmente:

—Ha rehusado!

—Sí, Leon, respondió Mr. Pavelyn: ha rehusado! nada puede hacerle cambiar de resolucion: no sé en qué consiste: pero este matrimonio parece causarle horror: ¿comprendes mi afliccion? no solamente eso puede salvar á mi hija, sino que este proyecto de enlace, es ya conocido de toda la ciudad: ¿qué pensarán los Somerghem de una negativa tan ofensiva para ellos? Ah! como padre estoy amenazado de un dolor eterno, y como hombre de una insoportable afrenta! tú solo, hijo mio, tú solo puedes acaso separar de mis lábios ese amargo cáliz. . . . Rosa te pro-

fesa una sincera amistad: eres joven como ella, eres elocuente: tu palabra llena de sentimiento, hallará el camino de su corazón: hazle comprender, demuéstrale que debe aceptar ese enlace: es un servicio inapreciable, que te ruego me hagas: Oh! si consigues mi deseo, me llamaré cien veces pagado de cuanto he hecho por tí! ¿no es verdad, Leon, que reunirás todas tus fuerzas á fin de conseguir de Rosa su consentimiento para esta union?

Hacia ya algunos minutos que preveía yo lo que Mr. Pavelyn iba á decirme: yo, yo mismo debía suplicar á Rosa, que fuese la esposa de Conrado de Somerghem!

Al pronto esta idea terrible me hizo temblar: pero muy pronto comprendí cuál era mi deber: acaso aquel matrimonio, era en efecto el solo modo que había para salvar á Rosa de una consuncion mortal: el hombre á quien todo lo debía esperaba este esfuerzo de mi gratitud: ¡Oh! no podía vacilar! si no quería pasar á mis propios ojos por un ser cobarde, egoista; era preciso cumplir el sacrificio franca y resueltamente: así fué que aseguré á Mr. Pavelyn, que estaba pronto á partir con él á Amberes, á fin de aconsejar á Rosa que se casase con Mr. Somerghem.

—¿Harás esfuerzos, toda clase de esfuerzos, toda clase de esfuerzos, ¿no es verdad? exclamó el pobre padre: buscarás en el afecto que Rosa te profesa y en nuestro amor por ella toda clase de argumentos ¿no es verdad?

—Antes de partir, rogaré á Dios que dé poder y fuerza á mi palabra; respondí: fiad en mi gratitud, y en mi ardiente deseo de hacer todo lo que puede seros agradable: vos decís que ese matrimonio, es lo único que puede salvar á Rosa: ¿cómo podría yo vacilar?

—Es una tarea difícil la que te impongo, respondió mi protector: tú no conoces á Rosa como nosotros: es una niña dulce, tranquila, jamás egoista ni voluntariosa, en las cosas ordinarias: pero cuando toma una resolución, se vé que está dotada de una singular fuerza de voluntad.

Muchas veces me he dado el parabien de esta cualidad, que anuncia un carácter fuerte y noble; pero ahora podemos temer ser las víctimas de esa misma fuerza de voluntad.

Mr. Pavelyn se había levantado: yo le imité, y ambos empezamos á marchar lentamente por la anchurosa calle de encinas: pensando que deseaba le acompañase inmediatamente á Amberes, le pedí un cuarto de hora, para volver á casa de mis padres y vestirme de una manera conveniente: pero me dijo que debía quedarme en el pueblo al menos hasta el siguiente dia: si él me llevaba en su carruaje, Rosa podía sospechar que su padre me había impuesto esta mision, y mis consejos perderian mucho de su peso y de su fuerza: debía, pues, marchar con la diligencia, y llegar como si nada hubiera pasado entre los dos, y solo por mi propia voluntad. Mr. Pavelyn hallaría un pretexto para hacer caer la conversacion sobre el matrimonio.

Nos dirigimos hácia el castillo: y en tanto que llegábamos, repitió Mr. Pavelyn muchas veces, el precio inmenso que él daba al feliz éxito de mi tarea, y me conjuró que nada dejase por hacer para conseguir nuestro fin: así que llegamos, llamó á sus criados, y les dió orden de enganchar al instante.

En tanto que le obedecian, habló conmigo alegremente: su tristeza se había desvanecido con la esperanza de que yo alejaría de él y de su hija los males que temía: mis palabras le habían inspirado esta esperanza: como yo suponía que Rosa había rehusado el matrimonio, porque me amaba, no dudaba que, con mis consejos, se sometiese á una necesidad reconocida, aunque fuera á costa de un gran sacrificio: había expresado diferentes veces esta convicción íntima, y mi bienhechor, me estaba sinceramente reconocido: en el instante de subir al carruaje, me estrechó otra vez las dos manos, y me dijo con una mirada en la que brillaba la confianza:

—Hasta mañana, mi buen Leon: Dios te dará fuerza para llenar felizmente tu noble mision.

Seguí con los ojos el carruaje, hasta que hubo desaparecido en un recodo del camino: despues salí del castillo, y tomé un sendero solitario: en presencia de Mr. Pavelyn, no habia podido reflexionar con toda la lucidez precisa, la nueva situacion donde sus deseos me habian colocado: pero cuando me hallé solo, cuando ya no tuve necesidad de dominar mi emocion, mi corazon empezó á palpar violentamente, me sentí palidecer, y que mis piernas se negaban á sostenerme: mi alma se sublevaba ante el sacrificio de su última esperanza: pero esta lucha, con el sentimiento del deber, no fué larga: bien pronto miré bajo otro punto de vista la tarea que me habia impuesto: yo amaba á la hija de mis bienhechores: acaso no habia hecho todo lo que debia, para combatir y sofocar esta inclinacion: quizá era yo verdaderamente culpable, hácia mis bienhechores y hácia Dios: yo habia buscado en mi conciencia toda especie de razones, para excusar mi debilidad: pero habia llegado la hora de probar que mi amor era bastante puro y bastante noble para inmolarse á la dicha de la que era objeto de él.

Ciertamente, era una mision bien penosa la que habia yo aceptado: preveia que muchas veces aun, mi corazon se desgarraria de angustia y de dolor, antes de que el sacrificio fuese consumado: pero ofrecia á Dios mis penas como un castigo de mi extravío, y si era culpable, él me otorgaria quizá, con su perdon, la paz del corazon que habia perdido.

Así meditando, y firmemente resuelto á arrojar de mí toda clase de pensamientos, que no fuesen los que pudieran alentarme á cumplir lealmente mi terrible tarea, me dirigí á casa de mis padres, á fin de prepararme para el viaje del dia siguiente, que en medio de la generosa exaltacion de mi alma, deseaba llegase.

XXVI

CUANDO al dia siguiente bajé de la diligencia á la puerta de la ciudad, y entré en la calle que debía conducirme inmediatamente á casa de Mr. Pavelyn, me fué preciso reunir toda mi energía, para no desfallecer en el momento de ir á cumplir mi tarea: hasta entonces habia conseguido combatir mi vacilacion y mi temor: pero cuando cada paso me aproximaba al momento fatal, sentia que mis fuerzas me abandonaban: mi corazon latia violentamente, y de vez en cuando un estremecimiento glacial, recorria todo mi cuerpo: no era que yo vacilase en mi resolucion, ni que estuviese arrepentido de haber aceptado tan dolorosa mision: pero habia en mí un poder secreto que luchaba con mi voluntad, y del cual los esfuerzos tumultuosos, aumentaban á cada instante, mi espanto y mi sufrimiento.

Despues de haberme detenido dos veces en el camino para dominar mi agitacion, creí haber recobrado bastante calma, y llamé atrevidamente en casa de Mr. Pavelyn, el que, sabiendo la hora en que debia llegar, espiaba mi venida.

Salió al vestíbulo á recibirme, me estrechó la mano, y me condujo en seguida al salon, donde su hija, sentada al lado de una ventana, y delante de una mesita de labor, se ocupaba de bordar.